

# INTRODUCCIÓN

Los meses de marzo y abril de 2003 serán recordados en la historia de Cuba como una temporada siniestra. En medio de la turbulencia internacional generada por la guerra de Irak, el gobierno de Fidel Castro arrestó a 79 opositores pacíficos, de los cuales 75, en juicios amañados, fueron condenados a penas que oscilan entre 6 y 28 años de cárcel. Como si fuera insuficiente tal exhibición de autoritarismo, el régimen cubano ordenó, a principios de abril, el fusilamiento de tres jóvenes que secuestraron una embarcación para huir a EE UU, y condenó a cadena perpetua a otros cuatro implicados en este hecho.

La reacción internacional no se hizo esperar. La Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas, en Ginebra, aprobó una resolución que impele a Cuba a dar pasos efectivos en favor del respeto a los derechos humanos. Diversas organizaciones civiles y políticas de Europa y América reprobaron públicamente la represión e instaron al gobierno de Fidel Castro a que decretara la liberación inmediata de los disidentes. Centenares de intelectuales y artistas del mundo occidental, adscritos a todas las orientaciones ideológicas y políticas, como los escritores José Saramago, Günter Grass, Susan Sontag, Mario Vargas Llosa y Carlos Fuentes, criticaron duramente la actitud despótica del gobierno cubano. Esto ha supuesto un punto de inflexión: por primera vez, la izquierda, tradicional apoyo del gobierno cubano en el escenario internacional, ha condenado, masiva y abiertamente, el carácter represivo del gobierno de Fidel Castro.

La reacción de La Habana, sorprendida por la magnitud del repudio internacional, ha sido, una vez más, eludir responsabilidades propias y refugiarse en su estereotipo de víctima del imperialismo. Por un lado, la prensa oficial de la isla ha insistido en que esta ola de críticas no es espontánea y que responde a una «campaña mediática anticubana» promovida por Estados Unidos. Por el otro, el gobierno de Fidel Castro afirma sin escrúpulos que las opiniones de la intelectualidad democrática occidental, lo mismo que las críticas de la oposición pacífica —hoy encarcelada—, son la antesala verbal de una invasión militar de Estados Unidos contra Cuba. La ficción de que Cuba está al borde de una invasión norteamericana, únicamente alimentada por las ansias de guerra de un reducido sector imperial del exilio, es el chantaje moral que aplica el gobierno cubano a sus críticos dentro y fuera de la isla. Pero este supuesto dilema moral ha dejado de funcionar. Hoy, los mismos que alzan su voz contra una presunta invasión norteamericana a Cuba, denuncian enérgicamente la represión en la Isla y afirman que ambas posturas no son contradictorias, sino complementarias (Véase en Documentos, la *Carta a los amigos cubanos (de dentro y fuera de Cuba)* y la *Campaña por la Paz y la Democracia. Carta de Protesta contra la represión en Cuba*).

Pese a las insistentes declaraciones de varios altos funcionarios de la administración de George W. Bush —el Secretario de Estado, Colin Powell, el Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, y el vocero de la Casa Blanca, Ari Fleischer— en el sentido de que Cuba no representa una amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos, por lo que Washington no contempla una acción militar contra la isla, Fidel Castro se aferra a la fantasía del holocausto como el último recurso para justificar su naturaleza represiva, rearticular fugazmente el consenso interno y acallar las críticas internacionales.

El resultado es que tres meses después de los arrestos, 75 inocentes están presos en condiciones inhumanas, el Jefe de la Sección de Intereses de Estados Unidos en La Habana, James Cason, no ha sido retirado de la isla, y Cuba no ha sido bombardeada ni invadida, como anunciaba la profecía castrista.

La revista *Encuentro de la cultura cubana*, involucrada por la propia fiscalía en los procesos contra la disidencia, y convencida de que la actual crisis es un capítulo decisivo de la ruptura entre el régimen de Fidel Castro y la intelectualidad democrática occidental, ha decidido insertar en este número un Especial sobre la Represión en Cuba, que se propone reconstruir con la mayor objetividad la historia del debate y reflejar su múltiples aristas. Incluye una *Cronología* de los hechos, sus antecedentes, las respuestas de fuerzas políticas, gobiernos e instituciones internacionales, y el escenario en que ocurren. *Reacciones* ofrece una panorámica de las opiniones vertidas por intelectuales de prestigio internacional. En *Documentos* incluimos diferentes cartas abiertas, firmadas por numerosas personalidades, que demuestran el giro de la opinión pública, así como la *Petición Fiscal del proceso sumarísimo contra los periodistas Raúl Rivero Castañeda y Ricardo González Alfonso*, posiblemente el que mejor denuncie la magnitud de la infamia. Por último, *Análisis* consta de varias reflexiones sobre el origen de estos sucesos y sus implicaciones para el futuro de Cuba.